

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. VICENTE, D. COMODO, D. TEODORO, DOÑA JUANITA, D. FRUTOS, DOÑA DAMIANA, RODRIGO, MARTINA Y FRANCISCO.

D. VICENTE.

Repito que no quiero escuchar á usted disculpas que solo contribuirán á irritarme más y más: harto hago si callo y no tomo el partido que debiera.

D. CÓMODO.

¡Pero Vicente, es posible que te enfades por tan poca cosa!

D. VICENTE.

No, que le daré á usted gracias por lo que me ha comido, bebido, y destrozado desde que tomé

por asalto esta casa. ¿Vean ustedes qué traza de vestido? aun no estaba estrenado y parece ya una rodilla.

D. CÓMODO.

No encontraba el mío, y estaba este tan á la mano....

D. VICENTE.

Ya se vé, entonces era muy natural que usted se lo pusiese, aunque lloviera más que llueve en Madrid por noche buena.

D. CÓMODO.

Luego, urgía tanto que se extendiese el contrato consabido....

D. VICENTE.

¡Qué contrato!

D. CÓMODO.

¡Toma! el de la niña con mi amigo. ¿Pues no habíamos quedado en eso?

D. VICENTE.

Vamos, ya está visto: mi casa, mis muebles, mi mesa, mis vinos, mi ropa y hasta mi hija; todo pertenece decididamente al señor, y de todo dispone por derecho de conquista.

D. CÓMODO.

Acaso, te incomoda mi franqueza.

D. VICENTE.

Sí señor, muchísimo.

D. CÓMODO.

Pues te aseguro que en este caso no nos parecemos,

D. VICENTE.

De lo que me alegro infinito.

D. CÓMODO.

Porque yo quisiera poseer mañana los Estados del duque de Medinaceli....

D. VICENTE.

Lo creo.

D. CÓMODO.

Para partir contigo su renta.

D. VICENTE.

¡No quiero tanto, y sí sólo que tenga usted la bondad de dejarme dueño de mi casa.

D. CÓMODO.

Bueno; conozco que estás de mal humor y que hoy no haremos carrera de tí. Por otra parte, ya es tarde, te veo sumamente cansado, yo no lo estoy menos, y... bueno será por lo mismo que cada mochuelo se vaya á su olivo, y mañana por la mañana....

D. VICENTE.

Sí, mañana por la mañana, ya tendré yo buen cuidado en que no se te abra la puerta. *Aparte.*

D. CÓMODO.

Se compondrá el asunto y... con que... hasta ya vista.

D. VICENTE.

Agur.

D.^a JUANITA.

¡Qué! se va usted sin hacer nada en favor del pobre Teodoro? *Aparte.*

D. CÓMODO.

Tenga usted flema y duerma bien, que mañana será otro día. *Aparte.*

D. TEODORO.

Ahora vendría soberanamente el específico, y... *Aparte.*

D. CÓMODO.

¿Para qué? ¿pues puede ir la cosa mejor de lo que vá? *Aparte.*

D. TEODORO.

Maldito sea usted.

D. CÓMODO.

Cuidado; que son ustedes gente bien poco contentadizal *Aparte.*

D. VICENTE.

Se puede saber, señor don Cómodo, sin que parezca descortesía, ¿lo que significan todos esos misterios?

D. CÓMODO.

Nada chico; pamplinas de amantes, y te juro por tu vida que más quisiera lidiar con un regimiento entero, que no con este par de boquirrubios.

D. VICENTE.

Si usted tuviera la bondad de explicarse....

D. CÓMODO.

De buena gana lo hiciera; pero estoy cayéndome de sueño y la caridad bien ordenada empieza por uno mismo: quédese por lo tanto la solución del problema para mañana á la hora del desayuno.

D. VICENTE.

Ya, pero es indispensable....

D. CÓMODO.

Que los que no tenemos tanta prisa como tienen estos señores de salir del paso, durmamos y descansemos.... buenas noches.

ESCENA II.

Dichos, menos D. COMODO.

D.^a JUANITA.

Esto sí que se llama dejarnos en la estacada. *Aparte.*

D. VICENTE.

Supongo, caballero, que lo que acaba de indicarme este buen hombre, no tiene otro fundamento que la misma originalidad de su carácter, y su ninguna aprensión.

D. TEODORO.

Cierto; pero es el caso que....

D. VICENTE.

Porque de lo contrario, me asistiría harta razón

para quejarme de la poca delicadeza de quien se introduce así en una casa de tanto respeto como es la mía, sin más recomendación que la de un loco, y con el criminal objeto de entorpecer los meditados proyectos de un tierno padre.

D.^a JUANITA.

Pero el señor no tiene la culpa de que el otro...

D. VICENTE.

¿Y á tí quién te da vela para este entierro?

DON FRUTOS.

Parece que esta señorita se interesa sobremedida en la justificación de este caballero, según parece por la viveza de...

D. TEODORO.

El interés de Juanita me lisonjea demasiado, para que yo trate de desengañar á usted.

D.^a JUANITA.

Y Teodoro hace muy bien...

D. TEODORO.

Y Juanita sabe...

D. VICENTE.

¿Qué diablos de algarabía es esta? ¡Teodoro! ¡Juanita!... ¿de dónde les viene á ustedes semejante confianza? se han conocido ustedes anteriormente? se han tratado acaso? vaya, respondan ustedes, si no quieren que me acabe de enloquecer.

D. FRUTOS.

Sí, sí; respondan ustedes, porque esto ya pasa

de castaño obscuro y en vísperas de casarse, cualquier novio tiene derecho á saber los secretos de la que ha de ser su costilla.

MARTINA.

Entonces menos que nunca. *Aparte.*

D. TEODORO.

Aquí no hay secreto alguno que pueda y deba descubrirse;... yo tuve el gusto de conocer á esta señorita en Valencia, y...

D. VICENTE.

¡En Valencia! luego usted era...

MARTINA.

Doña Damiana, ¿si será este el pajarito de quien hablábamos antes? *Aparte.*

D.^a DAMIANA.

Qué sé yo lo que te diga, pero ello es que tiene una voz tan dulce como una calandria.

D. TEODORO.

Sí señor, yo soy el desgraciado que....

D. VICENTE.

Basta, no quiero saber más.

D.^a JUANITA.

No, papá, bueno será que lo sepa usted todo, ya que ha querido enterarse de algo.

D. VICENTE.

Repito que basta y aun sobra, para conocer á fondo intriga tan mal urdida, y para que tome ya la providencia que debo.

D. FRUTOS.

No señor, no basta que usted esté al cabo del negocio, porque yo soy quien me he de casar, y...

D. VICENTE.

Hombre, no sea usted majadero, y no apure también mi paciencia.

D. FRUTOS.

Con todo, el decoro marital exige....

D. VICENTE.

En cuanto á usted, señor mío, avergüencese de una conducta tan indiscreta, y trate de dejar para siempre una casa, cuya tranquilidad compromete tanto con su presencia.

DOÑA JUANITA

Por Dios, papá.

D. VICENTE.

Salga usted, digo, respete usted la autoridad de un padre, los derechos de la naturaleza; y no me obligue....

D.ª JUANITA.

¡Triste de mí papá.... Teodoro....

D.ª DAMIANA.

Virgen mía, ¿en que pararán estas misas?

D. TEODORO.

No seré yo quien los huelle, aunque usted abuse como lo hace ahora de esos derechos y de esa autoridad que tanto preconiza. Saldré por lo mismo de esta casa y no volveré á poner los pies en

sus umbrales, ya que usted me considera tan peligroso á su tranquilidad; pero no olvide usted, señor don Vicente, que esa naturaleza, cuyo sagrado nombre invoca, lejos de autorizarle para tamaña tiranía, le prohíbe á usted que sacrifique su desgraciada hija, por satisfacer un orgullo necio ó una sórdida avaricia.

D. FRUTOS.

¡Ola! parece que esto habla conmigo.

D. VICENTE.

¡Qué imprudencia! don Teodoro, usted no se hace cargo de que?....

D. TEODORO.

Ya es tarde para reflexiones, y supuesto que esta será la última vez que yo tendré el honor de hablar con usted, fuerza será que la aproveche para declararle que puede disponer de la mano de su hija, siempre y cuando guste; pero no de su corazón, porque ese es mío y enteramente mío: así me lo acaba de jurar.

D.ª JUANITA.

Y así lo juro de nuevo.

D. FRUTOS.

Oídos que tal oyen.

D. VICENTE.

¡No sé cómo contengo mi cólera! insolentes..

D. TEODORO.

Se borran por ventura en tan breve tiempo las primeras impresiones de un amor virtuoso? Ah!

No señor: el fuego que ardía en nuestros pechos desde que nos vimos y apreciamos en Valencia era inextinguible; y la ausencia y las trabas y los riesgos y los inconvenientes de cualquiera especie que hayan sido, lejos de amortiguar su ardor, sirvieron solo para avivarlo hasta el extremo.

D.^a DAMIANA.

Vaya si no llorará, reventaría. *Aparte.*

D. TEODORO.

Harto hemos hecho en callar y sufrir resignados, desde que usted nos separó: hartos haremos en decirnos un eterno adiós, si usted insiste en el proyectado enlace con don Frutos, á quien Juanita detesta, y con quien jamás podrá ser feliz; pero á lo menos ya que ese cruel don Cómodo nos ha reunido para presenciar nuestra mutua desventura, sepa usted que...

D. VICENTE.

Siempre había de ser el tal don Cómodo el que me proporcionase este buen rato! yo le aseguro..

D. FRUTOS.

No, pues yo tengo que agradecerle un desengaño.

D. VICENTE.

Bien sabe Dios que si no se hubiera ido á su posada....

ESCENA III.

SEBASTIAN y dichos.

SEBASTIÁN.

Quisiera preguntar á su merced ¿en donde hace la rosca esta noche?

D. VICENTE.

¿Otra impertinencia?

SEBASTIÁN.

Lo digo, porque como su merced querrá recogerse temprano, y esto de esperar á que le hagan á uno la cama....

MARTINA.

Con buena embajada te vienes tu ahora.... si que nos estaríamos con los brazos cruzados, á no tenerlo todo dispuesto y á punto.

D.^a DAMIANA.

Lo primero que le encargué yo á Martina fué la cama del señor don Vicente, porque como dijo el otro, á fatiga de camino, jarabe de lino.

SEBASTIÁN.

Ya, pero habiéndose acostado don Cómodo en ella....

D. VICENTE.

¿En dónde dices que está don Cómodo?

SEBASTIÁN.

Durmiendo á pierna suelta, y en la propia cama de su merced.

D. VICENTE.

¡En mi cama!

D.^a DAMIANA.

¡Jesús! y precisamente se habían puesto hoy sábanas limpias.

SEBASTIÁN.

Bastante hice yo para impedir que tal hiciese, más todo fué en vano, y cuando le pregunté que en donde quería que durmiese el amo, me respondió, que una noche de cualquier modo se pasa, y que así, ó le pusiesen un catre de tijera en la sala, ó que extendiesen un colchón por el suelo en la misma alcoba.

D. VICENTE.

Voto vá... ahora sí que se llenó la medida de mi sufrimiento; mira Sebastián, anda, corre, sácale de la cama aunque sea por los cabezones, y traele á mi presencia para que le diga cuantas son cinco.

SEBASTIÁN.

Voy al punto.

FRANCISCO.

También iré yo por si acaso se resiste.

RODRIGO.

Y yo, porque le tengo unas ganas desde el cuento de la escritura que ya, ya....

D. VICENTE.

Siempre que ustedes lo hagan pronto y bien, les prometo una soberbia propina.

FRANCISCO.

Entonces, seguro es el zafarrancho.

D. TEODORO.

Esperen ustedes un momento.

D. VICENTE.

¿Qué, intenta usted oponerse?

D. TEODORO.

No señor, de ningún modo: pero si se puede alcanzar lo que se desea por medios suaves, me parece que....

D. VICENTE

Buenos medios suaves le dé á usted Dios: cierto que el hombre es de los que se manejan fácilmente para usar con él de tales lenitivos.

D. TEODORO.

Con todo yo me ofrezco á hablarle, y á que entre por vereda.

D. VICENTE.

¡Usted!

D. TEODORO.

Sí señor, yo; que si bien no puedo permitir se insulte y maltrate á una persona que ha venido conmigo, tampoco debo tolerar que abuse hasta este punto de vuestra paciencia, ni disimular que nos haya comprometido á todos del modo que lo ha hecho: tranquilícese usted pues, señor don Vicente, yo le hablaré y le haré levantar y me lo llevaré á la posada, y si fuere preciso estaré la noche entera de centinela á la cabecera de su ca-

ma, para que no haga alguna de las suyas; siendo de todos modos seguro que saldremos así que amanezca para Valencia, en la misma calesa que nos trajo á san Felipe.

D. VICENTE.

Pero . . . ¿y si no quiere hacer caso?

D. TEODORO.

Lo hará, sí señor, lo hará: la razón no quiere fuerza; y don Cómodo, no obstante todas sus extravagancias, es un buen hombre, créalo usted, es un excelente hombre.

D. VICENTE.

No me opongo á que lo sea, pero dígame usted de mi parte que me haga el favor de no volverse á presentar jamás delante de mi vista.

D. TEODORO.

Está bien.

D.^{ca} DAMIANA.

Y que esta casa no es ningún mesón, ni hospicio, ni hospedería de padres Jerónimos, para que uno se meta en ella de rondón y como si fuera en hacienda de pícaros.

D. TEODORO.

Bien, bien; nada se quedará en el tintero.

FRANCISCO.

¿Y nosotros qué hacemos?

D. VICENTE.

Seguidle, y no hay que volverse sin don Cómodo, de gradó por ó fuerza.

FRANCISCO.

Pierda su merced cuidado, que ya ha caído en buenas manos para que se escape.

ESCENA IV.

D. VICENTE, D. FRUTOS, DOÑA JUANITA,
DOÑA DAMIANA Y FERMINA.

D. FRUTOS.

No, pues yo no me he de quedar con este entripado. *Aparte.*

D.^{ca} JUANITA.

Ay Teodoro mío; te perdí para siempre. *Aparte.*

D. VICENTE.

Lo he de ver y no lo he de creer: ha de estar ya en Valencia, y todavía se me ha de figurar que anda á mi retortero. Cáspita con el amigo!

D. FRUTOS.

¡Y qué calladito me lo tenían! *Aparte.*

D. VICENTE.

¡Taciturno se ha quedado don Frutos! si acaso . . . vaya, entonces sí que se remachaba el clavo. *Aparte.*

MARTINA.

Doña Damiana, quiere usted que nosotras nos marchemos un pasito tras otro, para observar desde el callejón, lo que pasa allá en la alcoba?

D.^a DAMIANA.

¡Qué curiosa eres muchacha! pues no ves que don Cómodo estará en paños menores, y por pronto que se vista.....

MARTINA.

Ande usted señora, que este caballero ha de ser, si no me equivoco, de los de calzoncillos blancos y calcetas de Vizcaya; así no hay miedo de.... además en no poniéndose usted las gafas hasta que yo la avise....

D.^a DAMIANA.

Bien, pero no te se vaya el santo al cielo y.... porque.... para no ver nada, mas vale estarse quieta.

ESCENA V.

D. VICENTE, D. FRUTOS, Y DOÑA JUANITA.

D. VICENTE.

Si yo lograra distraerle y arrancarle de sus reflexiones; quizá entonces.... *Aparte.*

D.^a JUANITA.

¡Qué silencio! ¡cómo temo el momento en que se rompa!... ¿pero qué me puede suceder que no me haya ya sucedido? ¿acaso me queda alguna esperanza? infeliz Juanita, no, no te queda ninguna, ninguna absolutamente. *Aparte.*

D. VICENTE.

Nada; está hecho una estatua. *Aparte*

D.^o FRUTOS.

Pues señor, tomé ya mi partido y digan lo que quieran: poquito daría ya que hablar á tanto holgazán, y á tanta beata como hay en el pueblo, s me casara ahora con quien está enamorada hace tres años de otro.... ya me llaman bruto á boca llena á pesar de todos mis pergaminos, con que.. qué no me llamarían luego? *Aparte.*

D. VICENTE.

Estas cosas.... ya se ve.... le tienen á uno lo mismo que si.... vamos ni más ni menos lo mismo que si fuera.. eh? decía usted algo señor don Frutos?

D. FRUTOS.

No señor.

D. VICENTE.

Y como no estamos hechos á semejantes alborotos, cualquier incidente desagradable basta para... para... pues.... para desagradarnos.... no digo bien, señor don Frutos?

D. FRUTOS.

Sí señor.

D. VICENTE.

Pero al fin y al cabo todo se compone y.... ¿quiere usted un polvo, señor don Frutos?

D. FRUTOS.

No, señor.

D. VICENTE.

Mire usted que es cucarachero.... ¿pero qué tiene usted? ¿está usted malo?

D. FRUTOS.

No, señor; lo que yo tengo es que.... en resumidas cuentas, nadie sabe lo que yo tengo, mejor que usted mismo.

D. VICENTE.

Ya, si usted toma la cosa por donde quema....

D. FRUTOS.

Perdone usted que la tomo por donde enfría: ¿le parece á usted moco de pavo, lo que se me ha dicho esta noche en mis barbas?

D. VICENTE.

Pero hombre, del dicho al hecho.....

D. FRUTOS.

No hay mucho trecho, no señor, y.... precisamente lo último que dicen las mujeres es que aborrecen á sus maridos; así hágase usted el cargo de lo que podré yo esperar, cuando la que ha de ser mía empieza por donde todas concluyen.

D. VICENTE.

¡Aborrecerle á usted! y ¿cuándo ha pronunciado Juanita semejante cosa?

D. FRUTOS.

No hace cinco minutos.

D. VICENTE.

Repáre usted que quien lo dijo no fué ella, sino él.

D. FRUTOS.

Tanto se me dá; y siempre es muy malo que haya un él que lo diga.

D. VICENTE.

En eso tiene usted razón, mas en lo otro está muy equivocado: poquito cuidado han tenido las madres que la educaron en acostumbrarla á disimular, y á no hacer nunca sino lo que se le manda, para que ahora.... sí, que se habrán descuidado.... pero para qué calentarnos la cabeza con si ha sucedido ó no ha sucedido, si ha vuelto ó si ha tornado, teniendo á dos pasos de nosotros quien nos sacará de la duda. ¿Juanita?

D.^{ca} JUANITA.

Papá.

D. VICENTE.

Ven aquí.... dime, no es cierto que tu no fuiste la que dijo aquello de don Frutos?... Vaya, responde, y cuidado con lo que dices.

D.^{ca} JUANITA.

No señor, no fuí yo, pero....

D. VICENTE.

Lo ve usted don Frutos, lo ve usted. Y fe mía que no dirá usted que yo la obligo, ni la apunto, ni la.... y no es verdad que lejos de aborrecerle, le quieres, y te casarás con él, y.... en fin que harás lo que yo te mande. Vamos?

D.^{ca} JUANITA.

Sí señor, haré lo que usted me mande aunque sea á expensas de mi dicha.

D. VICENTE.

No se trata en este momento de tu dicha ni de tu calabaza; lo que exijo de tí es que digas al señor libre y francamente que no tienes ninguna repugnancia hacia su persona, y que antes bien....

D.^a JUANITA.

Eso sería engañarle, y usted no querrá....

D. VICENTE.

Si señora que lo quiero; ¡víose tal sandez!

D. FRUTOS.

Con que usted quiere.....

D. VICENTE.

Decía yo que lo que quería era que la niña satisficiera á usted, y me parece.... digo, que es imposible hacerlo con más.....

D. FRUTOS.

Ciertamente, crea usted que agradezco infinito á esta señorita su amable franqueza; y en prueba de ello devuelvo á usted su palabra, y deseo á entrambos todo género de prosperidades. Sople, y de la que me escapó! *Aparte.*

ESCENA VI.

D. VICENTE Y DOÑA JUANITA.

D. VICENTE.

Bravísimo, lindamente; no se puede negar que lo has hecho como una comadre!

D.^a JUANITA.

No hubiera sido una vileza imperdonable que yo....

D. VICENTE.

¡Bribona! burlarte así de los preceptos de tu padre.... cierto que se te luce el dinero que ha gastado en tu educación y lo que te enseñaron aquellas benditas mujeres.

D.^a JUANITA.

Me enseñaron á obedecer y á callar, pero no á mentir.

D. VICENTE.

Eso no se llama mentir, ni resulta en perjuicio de tercero. Cuando una niña soltera trata de establecerse, tiene á veces que decir lo que no siente, y no por eso engaña á su novio; porque si no lo quiere ahora, lo puede querer el año que viene, y todo es querer. Pero tu no te dejas gobernar y.... veremos, veremos con quien te casas ahora.

D.^a JUANITA.

¿Acaso urge tanto que yo me case? no por cierto; para ser infeliz nunca es tarde.

D. VICENTE.

¡Qué chasco! vaya no me ahorco porque no tengo bastante resolución para ello; que si no.... y no te parezca que por eso te has de salir con la tuya.... primero te había de llevar á Francia para que te metieran allí monja, ya que por acá pasó esa moda, que permitir.... buena salida te daba por vida mía!.... un pelagatos que no tiene

sobre qué caerse muerto, sin arrimo, sin esperanza... un aventurero en fin que....

D.^a JUANITA.

Teodoro es de una de las mejores familias de Alicante: usted lo sabe á no poderlo dudar, por que se lo dijeron en Valencia, y porque tuvo muy bien cuidado de cerciorarse de esta verdad, cuando fué á buscarme.

D. VICENTE.

Pero también sé que es más pobre que un hidalgo de la montaña.

D.^a JUANITA.

Con que si no lo fuera....

D. VICENTE.

Entonces....

ESCENA VII.

EL ESCRIBANO *y dichos.*

ESCRIBANO.

Amigo, solo por servir á usted, hubiera salido á la calle á estas horas y con el tiempo que hace.

D. VICENTE.

Pues qué sucede, señor Escribano?

ESCRIBANO.

Luego, el indiano me lo encargó tanto, que...

D. VICENTE.

El indiano!

ESCRIBANO.

Y como el asunto es de tanta entidad, no me he atrevido á fiarme del muchacho para que trajera el papérote, no fuera que se le cayera y lo enlodara... además, me intereso de tal modo en sus satisfacciones de usted, que no he querido retardar un minuto de mi cordial enhorabuena.

D. VICENTE.

Si usted no se explica....

ESCRIBANO.

Es un fortunón desechol es más que un terno á la loteria! cuándo podía usted esperar semejante enlace para su hija?... no porque no merezca esto y mucho más D.^a Juanita, sino porque los tiempos están tan calamitosos en punto á bodas que....

D. VICENTE.

Ay Dios míol verá usted como después de tales encarecimientos, salimos luego con algún nuevo embrollo de D. Cómodo.

ESCRIBANO.

Pues de ese hablo yo precisamente, esto es, del contrato que me ha mandado extender y que traigo ya extendido.

D. VICENTE

No lo dije yo!

ESCRIBANO.

Y no lo cuento porque usted me lo agradezca, pero....

D. VICENTE.

Pero como nada tengo que ver con el tal contrato; ni le agradezco á usted su puntualidad, ni me cuido de aquél, ni quiero que se vuelva á hablar en presencia mía de semejante cosa....

ESCRIBANO.

Cómo! se ha desecho la boda?

D. VICENTE.

El bodorrio dirá usted mejor.

ESCRIBANO.

Ya entiendo; se habrá vuelto atrás mi hombre, y se habrá llamado andana, eh?

D. VICENTE.

No es eso, no señor, sino que nunca....

ESCRIBANO.

Pues no se puede usted figurar lo que lo siento.

D. VICENTE.

Tanto peor para usted.

ESCRIBANO.

Y creame usted señor don Vicente, creame usted; que tengo una verdadera pesadumbre.

D. VICENTE.

Aprieta.... como he de repetirl!....

ESCRIBANO.

Y le acompaño á usted sinceramente en la que tendrá por su parte.

D. VICENTE.

Por vida de....

ESCRIBANO.

Porque al fin y al cabo cincuenta mil duros de dote, y la herencia prometida no eran á fe mía ningún grano de anís.

D.ª JUANITA.

¡Cincuenta mil duros de dote!

D. VICENTE.

¿Que.... qué era lo que usted refería de dote y de herencia?

ESCRIBANO.

Y solo uno de estos ricachos que vienen de la otra banda, pudiera desprenderse de una sumatan.... pero ya se ve.... lo que él dice, yo no tengo parientes ni habientes; y así quiero hacer la felicidad de la hija de mi amigo.

D. VICENTE.

¿Eso decía?

ESCRIBANO.

Luego aborrece el matrimonio, y como no se ha de casar, no tendrá herederos legítimos; y cuando se muera, á quién ha de dejar lo que tiene, sino á los hijos de la hija de su amigo.

D.ª JUANITA.

Oye usted papá.

D. VICENTE.

Calla hija, no ves que estas son baladronas tuyas.

ESCRIBANO.

Ojalá fueran más.... y también las letras que ha depositado en mi oficio, para el susodicho dote.

D. VICENTE.

¿De cambio?

ESCRIBANO.

Sí señor, y sobre las mejores casas de comercio de Madrid y Barcelona: todas ellas á la vista y aceptadas, y.... vamos no se puede usted figurar lo que siento esta desgracia:

D. VICENTE.

Pero....

ESCRIBANO.

Y cuanta es mi pesadumbre!

D. VICENTE.

Ya.... más.

ESCRIBANO.

Y como acompaño á usted en la suya.

D. VICENTE.

Con todo, si ...

ESCENA VIII.

DICHOS, MARTINA Y DOÑA DAMIANA.

MARTINA.

Albricias, señor don Vicente, albricias; que ya le traen que quiera que no.

D.ª DAMIANA.

Y si se resiste más, le ponen lo mismo que á un Ecce Homo.

D. VICENTE.

Válgate Dios, y qué le diré yo ahora!

D.ª DAMIANA.

Vaya, no he visto en mi vida hombre más terco ni más cansado.... el mismo caso hacía de las razones de don Teodoro que de las desvergüenzas de los otros, y....

MARTINA.

Ya llega, ya llega.

D. VICENTE.

¡Maldita precipitación! quién había de creer que....

ESCENA ULTIMA.

Todos menos DON FRUTOS.

D. CÓMODO.

Pero señores, déjenme ustedes que yo sé muy bien el camino, y....

D. TEODORO.

No señor, ha de venir usted con nosotros.... pues que, no hay más que meterse de hoz y de coz en una casa....

D. CÓMODO.

Sin embargo, un amigo....

D. TEODORO.

¿Y lo es usted acaso de don Vicente?... cuándo acabará usted de desengañarse y de?....

D. CÓMODO.

Nunca, porque Vicente.... y si no aquí está él que podrá decirlo.

FRANCISCO.

¡Tomal con lo que sale ahora.

D. CÓMODO.

Mira hombre como me trata esta canalla: empeñados en que tú....

D. VICENTE.

Yo....

D. CÓMODO.

Sin hacerse cargo de que estaba en el primer sueño y á pique de que se me indigeste la cena.

D. VICENTE.

¡Cómo! ¿estaba usted durmiendo?

D. CÓMODO.

Y roncando.

D. VICENTE.

Han hecho entonces muy mal....

SEBASTIÁN.

Pues su merced no fué....

D. CÓMODO.

No señor, no fué, si me lo querrán decir ustedes á mí.

D. VICENTE.

Cierto, yo lo que mandé era....

D. TEODORO.

Que me maten si entiendo....

DOÑA JUANITA

Chito, y yo se lo explicaré á usted luego. *Aparte.*

D. CÓMODO.

Pero en fin, sepamos á qué y por qué ha sido esta levandadura, pues quisiera despachar pronto lo que haya que hacer, para volverme á meter entre sábanas.

D. VICENTE.

En efecto, el caso ha sido....

D^{ca} DAMIANA.

Que usted ha tenido la imprudencia de....

D. VICENTE.

No tal, aquí no hubo imprudencia alguna, antes al contrario.

D^{ca} DAMIANA.

Señor....!

D. VICENTE.

¡Señora!... calle usted por todos los santos del cielo, y déjeme usted, que yo sea el que responda á este caballero.

FRANCISCO.

Martina ¿qué significa esto? *Aparte.*

MARTINA.

Yo no lo sé; pero ello significa algo que nosotros no entendemos. *Aparte.*

D. CÓMODO.

¡Oh, quién estaba aquí! bien venido señor escribano.

ESCRIBANO.

Servidor de usted señor don Cómodo; siento mucho....

D. VICENTE.

Hombre, deje usted á un lado sus sentimientos, y enseñe usted al señor don Cómodo ese contrato que....

D. CÓMODO.

¿Cáspital ¿ya lo tiene usted hilvanado?

ESCRIBANO.

Sí señor, y yo mismo he querido traerlo para.

D. CÓMODO.

¿Y por eso se me ha despertado? vaya, ya está entendido todo el suceso!

D.^a DAMIANA.

Dichoso usted que lo ha comprendido, porque yo, me he quedado en ayunas.

D. CÓMODO.

¿En qué pues, nos detenemos? ¿lo has leído ya Vicente?

D. VICENTE.

No, pero no hay necesidad....

D. CÓMODO.

Dices bien, entre dos amigos como nosotros con uno que lo lea basta.

D. VICENTE.

Seguro.

D. TEODORO.

¿Y ese contrato es el mío?

D. CÓMODO.

¿Pues de quién ha de ser, señor incrédulo? de usted, y en prueba de ello firmémoslo los que lo hemos de firmar y salgamos del paso.

D. VICENTE.

Con mucho gusto, daré el ejemplo.

D. TEODORO.

¡Juanita!

D.^a JUANITA.

Repito á usted que luego le explicaré este enigma.

D. CÓMODO.

Ahora ustedes...y ahora yo para que el escribano pueda cerrar la marcha con el acostumbrado *de que doy fe.*

ESCRIBANO.

Ya la dí antes que ustedes lo hicieran, para no hacerles esperar.

D. CÓMODO.

¡Y qué me dicen ustedes ahora! ¿es Vicente mi amigo íntimo, ó no lo es?

D. TEODORO.

Ya habrá usted acudido al específico y

D. CÓMODO.

No por cierto, siempre tuve confianza en su buen corazón, y vamos no hubo necesidad de echar mano de su virtud, que si hubiera habido . . . Jesús las doce, y yo todavía en piel

D. VICENTE.

Sí, sí, bueno será descansar, y mañana

D. CÓMODO.

Bravísimo: mañana se casarán los chicos, se les cumplirá á esta buena gente todo lo que les he ofrecido, y empezaremos nosotros á existir de nuevo bajo los auspicios de nuestra antigua amistad.

D. TEODORO.

¡Viva nuestro bienhechor!

D. VICENTE.

¡Viva mi amigo!

D. CÓMODO.

Y por eso, y porque nunca hago mal á nadie, y sí bien á cuantos puedo, por eso repito, me creo con derecho de llamarme el amigo íntimo de cuantos me conocen.

LAS
COSTUMBRES DE ANTAÑO
o
LA PESADILLA

COMEDIA ORIGINAL EN VERSO.